

a Restrepo su compañero, sonriendo burlonamente.

El interpelado miró con atención el bello solípedo y contestó:

—Quizá habrá en Medellín un caballo como éste, pero yo no lo conozco, porque no me lo han presentado.

Y luego, poniéndose en pie, agregó:

—Adiós, me voy antes que pase una iglesia!

E pur si muove.—A nadie le había pasado por el caletre, en los tiempos coloniales, la idea de que la tierra se mueve, y fue el sabio don José Celestino Mutis quien, a fines del siglo XVIII, tuvo el valor—en esos tiempos, avilantez—de enseñar y proclamar, en su cátedra de matemáticas del Colegio del Rosario, el entonces herético «e pur si muove», de Galileo.

¡Menudo cisco se armó!

En calles, callejuelas, plazas, plazoletas, esquinas y mentideros se comentaba el caso, se armaban las más peregrinas discusiones, y se sacaba a relucir, como argumento Aquiles, el hecho bíblico de que Josué le había ordenado al sol que se parara, y no se lo había ordenado a la tierra.

Hasta los menestrales le arrimaban en la calle el hombro a la insólita teoría de Copérnico, preconizada por Mutis.